

# CASITA DE MUÑECAS

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

2009

PERSONAJES:

EVELINA: 70 AÑOS

ALFONSO: 72 AÑOS

ESCENOGRAFÍA: *Rincón de una sala donde resalta, colocada sobre una mesa, una casita de muñecas muy bella.*

ÉPOCA: Últimos años del siglo XX

EVELINA: ¿Te acuerdas dónde la compramos? Creo que fue en el Palacio o en Liverpool, en el Centro. En esa época no tenían sucursales como ahora. Tampoco esas tiendas eran tan caras. Ya son muchos años.

ALFONSO: Son un titipuchal y eso de que esas tiendas no eran tan caras...

EVELINA: ¿Cuánto costó la casita? Unos cuantos pesos. Hoy costaría...

ALFONSO: Costaría igual. Antes eran pesos oro, ahora son pesos latón.

Para comprar la dichosa casa tuvimos que ahorrar no sé cuánto tiempo. En esa época yo ganaba muy poco y tú no hacías nada.

EVELINA: ¿Nada? ¿Quién cocinaba, quién hacía la casa, quién cuidaba a los hijos, quién...?

ALFONSO: Tú, mujer, tú. Pero no ganabas dinero. A eso me refiero.

EVELINA: No ganaba pero bien que te lo ahorraba ¿o no? Imagínate si hubieras tenido que pagar recamarera, lavandera, cocinera, mozo. Mi hermana tenía todo eso.

ALFONSO: Te faltó el chofer. También tenía uno.

EVELINA: Prudencio se llamaba, pobre, se murió de ictericia, era muy enojón, yo le tenía miedo. Y sí, las familias bien tenían todo ese personal.

ALFONSO: Entonces Evelina, según tú, nosotros no éramos una familia bien, o sea, éramos una familia mal. De lo que se entera uno con los años.

EVELINA: ¿Ya te acordaste?

ALFONSO: ¿De qué me tengo que acordar? Si ya sabes que todo se me olvida. Ya sé, de felicitar a alguno de los nietos. ¿Quién tiene cumpleaños? Ahora festejan los cumpleaños, antes nos festejaban el santo.

EVELINA: Alfonso, te pregunté si te acordabas dónde compramos la casita, no hablé de los nietos.

ALFONSO: ¿Qué importancia tiene dónde? La compramos y ya.

EVELINA: La realidad es que fuimos injustos.

ALFONSO: De qué hablas ahora. Saltas de la casa a una injusticia. Y así has sido siempre, empiezas a hablar de precios de mercado para seguir con chismes de la vecina, para continuar...

EVELINA: Yo no digo chismes.

ALFONSO: ¿No? ¿Entonces cómo llamas el decir que el esposo de Martina tiene una querida?

EVELINA: No es chisme, es una verdad.

ALFONSO: ¿Te consta? ¿Los has visto? Gabriel es un buen marido.

EVELINA: Sí, muy bueno. ¡Borracho es lo que es! ¡Borracho y mujeriego!

ALFONSO: Vamos a dejar a Gabriel que para mí es una persona a la que hay que respetar. Trabaja mucho y es dirigente de su sindicato.

EVELINA: ¿A eso le llamas trabajar? Se la pasa de junta en junta lo que es lo mismo de borrachera en borrachera. Pobre de mi amiga Martina.

ALFONSO: Mira, vamos dejando este tema pues si me pongo a hablar de la dichosa Martina...

EVELINA: ¿Qué tienes que decir de ella? A ver, dilo.

ALFONSO: Nada, mujer, nada.

EVELINA: El que no te sonría cuando tú te le acercas con quién sabe que intenciones...

ALFONSO: Estabas hablando de una injusticia.

EVELINA: Eso era antes, ahora estoy hablando de ti, viejo verde.

ALFONSO: No empecemos.

EVELINA: ¿Te gusta Martina? Niégalo.

ALFONSO: Es una mujer joven...

EVELINA: Tiene más de cincuenta años.

ALFONSO: Por eso digo que es joven. Joven para mí.

EVELINA: No me hagas enojar que ya sabes cómo me pongo.

ALFONSO: Dime cuál fue la injusticia. Me tienes en ascuas.

EVELINA: Creo que el haberme casado contigo en lugar de...

ALFONSO: Nuevamente la burra al trigo. Estábamos hablando de la dichosa casita.

EVELINA: ¿No te conviene el tema de la vecina, verdad? Por algo será.

ALFONSO: ¡Dioses y demonios!

EVELINA: ¿Ya vas a comenzar a blasfemar? ¿Cómo juntas a dioses con demonios?

ALFONSO: Por favor, no vayas ahora a meterte en religión. Así no acabaremos ni en semanas la plática.

EVELINA: No, no me voy a meter, bastante he llorado tu alejamiento de la iglesia, tu...

ALFONSO: Cuando te casaste conmigo sabías que era libre pensador ¿o ya se te olvidó?

EVELINA: La gente cambia, tú no. Eres terco como una mula. Norteño tenías que ser.

ALFONSO: Y tú Evelina, eres una poblana. Poblana mocha.

EVELINA: ¡Alfonso, con mi familia no te metas!

ALFONSO: ¿A qué horas hablé de tu familia? Sólo nombramos a Lucrecia, tu hermana la rica.

EVELINA: Toda mi familia es de Puebla y eso lo sabes muy bien. Si alguna ciudad tiene gente de valor...

ALFONSO: Mochos e hipócritas, eso son.

EVELINA: Pero no bárbaros del Norte, sin educación, sin modales, sin...

ALFONSO: Ya ¿no?

EVELINA: Lo mismo digo.

ALFONSO: ¿Para esto me pediste que platicáramos? Voy a caminar un rato al parque.

EVELINA: Hace frío.

ALFONSO: Me voy a poner el abrigo.

EVELINA: No he terminado con lo de la casita.

ALFONSO: Ya me acordé, hablabas de ella y de una injusticia.

EVELINA: Es verdad. Y sí lo fue.

ALFONSO: ¿Qué?

EVELINA: La injusticia. A Rosita le dimos todo y a los muchachos nada. Ese año le dimos la casita y a ellos no me acuerdo qué, pero algo pequeño, creo que ropa.

ALFONSO: ¿Esa es tu gran injusticia? Rosita es la única mujer. Los otros tres son hombres. Es lo natural.

EVELINA: Siempre fue tu consentida.

ALFONSO: No había otra.

EVELINA: Tus hijos.

ALFONSO: Esos eran tuyos, tus consentidos, sobre todo Manuel.

EVELINA: Para mí todos son iguales.

ALFONSO: Eso dilo a tus amigas pero no a mí. Todos los padres tenemos consentidos. La mía fue mi hija. No lo niego.

EVELINA: Así te pagó.

ALFONSO: ¿De qué hablas?

EVELINA: Tanto consentirla para que se fuera lejos con ese tipo, sin casarse.

ALFONSO: Ya se casaron. Y si viven lejos es por su trabajo.

EVELINA: Si te pedí que habláramos es para decirte que no estoy de acuerdo con lo de la casita. No se la tenemos por qué dar.

ALFONSO: Porque es de ella.

EVELINA: Fue, ahora es mía. ¿Cuántos años lleva en esta sala? Es lo primero que veo al entrar. Me gusta.

ALFONSO: Tu hija lleva cerca de diez años de no venir. Ahora que lo va a hacer me preguntó que si todavía teníamos su casa de muñecas. Eso indica que la quiere.

EVELINA: No tiene hijas, Raulito y Jorge no creo que la peleen.

ALFONSO: Ella es la que la quiere, repito que es suya.

EVELINA: Si tanto la quisiera ya se la hubiera llevado desde hace mucho.

ALFONSO: ¿Te fijaste que la barnicé, la pinté y arreglé todos los muebles, sobre todo la mesita del comedor? Le faltaba una pata.

EVELINA: Claro, como es algo para tu hija. ¿Hace cuánto tiempo te he pedido que arregles los enchufes de la lavadora? Un día va a dejar de trabajar.

ALFONSO: De electricidad no sé nada, en cambio de carpintería...

EVELINA: ¿Te sientes San José?

ALFONSO: Ese José no tuvo hijos, yo te di cuatro.

EVELINA: Jesús fue su hijo.

ALFONSO: No hablo de adoptados sino de reales. Los que se hacen en la cama...y en otras partes.

EVELINA: Alfonso, no vengas ahora con tus vulgaridades.

ALFONSO: Bien que te gustaba.

EVELINA: No le voy a dar la casa así tú se la hayas prometido. Después de tantos años es mía. Así pasa hasta con las casas de verdad. Si alguien,

que no es el dueño, vive mucho tiempo en ella se vuelve, por ley, su propietario. Así yo me apropié de la casita. Mírala, ¿no es preciosa? Cómo me hubiera gustado tener una cuando era niña.

ALFONSO: Ahora eres una niña o te comportas como su fueras. Mira que pelear por un juguete con tu hija. Bien dicen que los viejos regresamos a nuestros primeros años.

EVELINA: No es un juguete, eso en primer lugar y, segundo, no estoy peleando con nadie. Estoy diciendo que es mía.

ALFONSO: Evelina, déjame darme este gusto. Para ella la arreglé. Si quieres a ti te compro otra o algún otro adorno. ¿No te gustaría una Virgen antigua? Se vería bien ahí.

EVELINA: ¿No que no crees?

ALFONSO: Hablé de adornos. Y esas vírgenes son muy bellas, sobre todo las que hacen en Oaxaca. Creo que es la Virgen de la Soledad. Me gustan.

EVELINA: La acepto, la voy a poner en mi recámara. Aquí quedará la casita de muñecas.

ALFONSO: Y tú eres la que me llamas terco a mí. Se la voy a dar, mas bien a regresar.

EVELINA: No te lo voy a permitir.

ALFONSO: ¿No? ¿Me puedes decir cómo lo vas a hacer?

EVELINA: Me la voy a llevar a casa de Marcela. Además me iré yo también a vivir con ella.

ALFONSO: ¿Esta vez sí es en serio?

EVELINA: Por supuesto.

ALFONSO: Eso está muy bien. Claro que falta que tu sobrina te acepte. Ojalá y lo haga. Así yo seré libre por primera vez en mi vida. Júrame que ahora sí es de verdad .

EVELINA: ¿Te da gusto que me vaya?

ALFONSO: Yo no te he corrido, tú eres la que se quiere ir.

EVELINA: Eres un tonto.

ALFONSO: Y tú la inteligente.

EVELINA: Que ya no se hable más. Mañana mismo me llevo mis cosas, empezando por la casa.

ALFONSO: Llévatela, siempre te han interesado más las cosas materiales. Te la regalo.

EVELINA: No puedes regalármela pues no es tuya, es mía.

ALFONSO: Es de nuestra hija. Bonito panorama va a tener ahora que venga después de tantos años: la madre que huye robándole su casita de muñecas.

EVELINA: ¡No te permito que me llames ladrona!

ALFONSO: Pues eso eres. Una ratera que le quita sus juguetes a sus propios hijos. Algo inconcebible pero que es verdad.

EVELINA: Voy a tener que decirte algunas verdades que me he guardado desde hace años pero tú lo estás propiciando. Para empezar nunca te he dicho que no me gustas, que eres feo. Y esa es la verdad.

ALFONSO: ¿Qué más? Feo pero potente.

EVELINA: Esa sería mi segunda verdad, Tú...

*En ese momento suena el teléfono. Los dos se quedan callados mirándose furiosos. Ninguno hace nada por contestar. Sigue sonando.*

EVELINA: ¿No oyes el teléfono?

ALFONSO: Sí, ¿y?

EVELINA: Ve a contestarlo.

ALFONSO: Ve tú.

EVELINA: No soy tu sirvienta.

ALFONSO: Ni yo tu mozo.

EVELINA: Sigue sonando.



ALFONSO: Qué suene.

EVELINA: Puede ser alguno de los muchachos.

ALFONSO: Ya hablarán después.

EVELINA: ¿ Si es una emergencia?

ALFONSO: Más razón para que contestes.

EVELINA: Está bien. Contestaré yo, al fin será la última vez antes que me vaya. Eso para que veas que soy educada y no una barbajana como eres tú.

ALFONSO: Pues muévete.

*Avelina contesta el teléfono. Alfonso se sienta a tratar de leer el periódico cosa que no puede hacer pues está atento a lo que dice su mujer.*

EVELINA: ¡Hijita, qué gusto!...Es que estaba en la cocina, por eso no contesté pronto...No, él salió a regar las plantas. Ya ves cómo es. Las riega de noche pues de día dice que se evapora más el agua. Lo codo no se le quita, por algo es de allá. ( *Ríe*)...¿Cuándo llegas? Nos morimos de ganas de verte...Nosotros estamos bien, por qué lo preguntas...No Rosita, cómo dices eso: no serás ninguna carga y aunque lo fueras...Te digo que nos morimos de ganas de verte, lástima que vengas sin tus hijos. Ya han de estar muy grandes.

ALFONSO: Pregúntale la fecha y la hora.

EVELINA: Tu papá quiere saber exactamente el día, la hora y hasta los segundos si es posible. Ya lo conoces...Está bien, te lo paso. Alfonso, te hablan.

ALFONSO: ¡Mi cielo! ¿Cómo estás? ¿Ya preparada para el viaje?...¿Cómo dices?... No es posible, ya aquí todo lo tenemos arreglado...Diles a los de

tu trabajo que tienes que venir, diles que estoy enfermo; no, diles que estoy muy grave, que me voy a morir...No importa, es una mentira... Estoy bien...Te lo juro Rosita...¿Estás segura de no poder venir?...Yo te tenía una sorpresa que te iba a gustar mucho...No, dejaría de ser sorpresa...Está bien, te lo diré. El otro día que hablaste mencionaste tu casita de muñecas. Ya la arreglé, está como si lo hubiéramos comprado hoy mismo...No, de nada. Lo hice para ti...Se me acaba de ocurrir algo. Te la puedo enviar por Estafeta, no ha de ser tan caro. La mando bien envuelta para que no se maltrate...¿Qué dices?...Pero si me pase arreglándola varias semanas...Es tuya, de nadie más. Te la he guardado cerca de treinta años. Perdón, te la hemos guardado tu madre y yo...No importa el gasto, lo puedo hacer...Bueno, si tú dices...

EVELINA: ¿Qué tanto hablas?

ALFONSO: Es tu mamá que quiere enterarse de todo...No, no creo que nosotros podamos, vives muy lejos y allá hace mucho calor o mucho frío. Ya estamos viejos...¿Si no es ahora cuándo vendrás?...Pero que sea con tus hijos...Sí, se los daré. Tú también recibe muchos nuestros. Tú, tu marido y los nietos...Sí.

EVELINA: Dile que Dios la bendiga.

ALFONSO: Tu madre dice que Dios te bendiga... Gracias, hija. Hasta pronto. *(Cuelga el teléfono. Se queda triste)*

EVELINA: ¿Qué dijo?

ALFONSO: Que no puede venir.

EVELINA: De eso ya me di cuenta. Qué dijo de la casita.

ALFONSO: Que no la quiere, que no tiene donde ponerla, que la regalemos a algún niño o a un hospicio, que eso le daría gusto.

*Alfonso ve la casita. Evelina sonríe ampliamente.*

EVELINA: Hace rato me dijiste que me comporto como una niña.

ALFONSO: Estaba enojado.

EVELINA: Y como soy una niña entonces regálamela a mí.

ALFONSO: *(Sonríe. Cambia de actitud. Se coloca como un padre frente a su hija)* Mi niña, adivina lo que te traje de regalo.

EVELINA: *(Con voz de niña)* Si es lo que pienso te doy de besos. ¿ Es mi casita de muñecas?

ALFONSO: Esa misma.

*( Evelina muy cariñosa se acerca a Alfonso y lo besa. Él le devuelve el beso. Caminan hasta donde está la casita)*

ALFONSO: Es tuya por sécula seculorum.

EVELINA: Soy la niña más feliz del universo.

*Se vuelven a abrazar mientras se cierra el telón.*

F I N

**RESUMEN:** Dos ancianos discuten porque el hombre quiere devolver a su hija una casita de muñecas que le tiene guardando desde hace treinta años. La mujer no acepta pues le gusta mucho y le tiene cariño. Se pelean por este motivo. Habla la hija que iba a venir a visitarlos después de diez años de no hacerlo. El padre le dice que arregló la casita. La hija le avisa que no puede venir a visitarlos. Él le ofrece enviarle la casita por paquetería. La hija no la acepta, pide que la regalen a una niña. La vieja dice que ya es niña otra vez y pide la casa. Él se la regala. Se abrazan y se besan.

**PERSONAJES:** DOS, UNA MUJER Y UN HOMBRE